rojo ó negro; si tienen 6 ó 10D escudos; si deben ser en número de sesenta ó setenta; y otras iguales puerilidades, que de cualquier modo que fuesen, siempre habian de ser el objeto de la murmuracion de estos palabreros. Porque ¿qué razon hay para creer que quien murmura del color rojo, no murmure tambien del blanco?. La perversidad que critica 4D escudos, criticaria igualmente 2D, y por lo tanto no merece mas respuesta que el desprecio.

Mas el brillante estado de los cardenales excita la envidia, y es necesario no dar motivo á ella. ¡Otra que tal! Para no dar motivo á la envidia, seria necesario desterrar del mundo las riquezas, el mérito, el honor y cuanto hay en él de bueno. Porque hasta ahora la miseria y el mal no excitaron la envidia. ¿Mas quiénes son estos venerables varones, á quienes el estado de los cardenales mueve á envidia? ¿Son el hombre de bien, el justo y el cristiano? No, por cierto; estos son incapaces de sentimiento tan infame: son el malvado, el impío y el irreligioso. Pues ¡válganos Dios! no sabia yo que nuestros saludables reformadores fuesen tan delicados y escrupulosos. Con que porque el estado de los cardenales mueve á envidia á media docena de tunantes, ¿cardenales *abajo*? ¿Con que la envidia de estos debe ser la norma sobre que debe regularse el esplendor de la dignidad cardenalicia? Y díganme VV., ¿es esto justicia, razon y conciencia? Medítenlo bien por vida suya, pues yo

creo que lo que en todo caso se debe esterminar es la envidia, y no el objeto que mueve á ella. Al ménos esto es lo que enseña la razon, la justicia y la honestidad. ¡Sobre que parece mentira que haya hombres que de tal modo hayan perdido el sentido comun, que pretendan se deba acabar con cuanto hay de bueno, útil y justo, á fin de quitar tropiezos á la envidia! ¡Oh y cuándo, cuándo me dará Dios el gusto de que el mundo todo llegue á conocer el lenguage de la impiedad y de la falsa filosofia, para no repetirlo como papagayos, que pronuncian muy bien las palabras, sin saber ni pensar lo que significan!

Si encalabrinado alguno con el argumento de *no es necesario*, ó con el de la envidia, no esté persuadido aun, tome mi consejo: vaya y propóngaselo á un ministro, á un general, á un coronel ó á cualquier empleado de alto rango, y dígale: Ciudadano N., *no es necesario* que tengais tanto sueldo, tantos honores, tanta bambolla: vaya todo eso á los diab.... ¿Pues qué, no veis que ese tren pomposo mueve á envidia? Ea, tocad á espolio, y vamos alijando.

Es muy probable que el argumento haga mas mella en estos señores, que en un cardenal; y ciertamente juzgarán *necesario* el que no se les vuelva á repetir.

Estudios. Como basta corromper los estudios para conseguir la corrupcion de todo el género humano, era muy del deber de la democracia pervertir aquellos por cuantos medios

fuese posible, para realizar esta. Sus primeros cuidados, pues, fueron quitar del mundo los mejores maestros, y sustituirles en cuantos lugares podia, los mas libertinos y corrompidos. ¿Y en cuántas universidades no habia ella sabido introducir los maestros mas hábiles para guiar la juventud á la disolucion, á la impiedad y al libertinage? En la teología hacia que abiertamente se enseñase el jansenismo, y con él el principio, el medio y el fin del ateismo y la irreligion. En la filosofia se enseñaba el libertinage: en la matemática, química y medicina, el materialismo; y en las bellas letras, la lujuria y la sátira. En las mas famosas é ilustres cátedras regenteaban ateos, deistas, jansenistas, iluminados y francmasones; y bebia la juventud el veneno donde debia beber la ciencia. Los maestros son para los jóvenes los primeros libros, que por ser vivos hacen en ellos mas profunda impresion En seguida se les sabia recomendar com mucho énfasis, y ponerles en las manos ciertos libros modernos, que son justamente los que han apestado la Europa y casi todo el mundo. ¿Y podia de este modo dejar de nacer una universal corrupcion? La liga era general. Los ateos, los materialistas y los jansenistas se sustentaban, celebraban y protegian mutuamente. Se desacreditaban cuantos libros buenos habia, y se comenzó una endiablada persecucion contra todos los que estaban por los sanos principios y por la doctrina ortodoxa. La lengua latina debia ser

abolida y desterrada: con esto se conseguian dos cosas, á saber, que ninguno pudiera enterarse en la antigüedad y en la tradicion, y que los sabios y estudiosos de Europa no tuviesen como comunicarse. En una palabra, el objeto era que la ignorancia fuese universal, para que tambien lo fuera la irreligion. Los literatos parecian empeñados en destruir las ciencias y las letras, ó en dirigirlas únicamente á aprender y saber el mal, como si para que los hombres fuesen malos se necesitasen tantas fatigas y desvelos.

Hasta aquí el estrago y el mal. ¿Se trata de buena fe de atajarlo y poner remedio? Pues bien: en vano se procurará restablecer la antigua paz, quietud y felicidad social, sin comenzar por arrasar del todo esas cátedras de pestilencia, y por purgar todas las escuelas, colegios y universidades, y hasta las casas de esos falsos doctores, que hacen profesion de seducir el género humano. Sin una vigilancia y actividad suma en este asunto, son inútiles todas las leyes, inútiles todas las providencias, é inútiles aun las armadas mas formidables.

Y con efecto, si todas las clases de un estado llegan á corromperse, ¿qué remedio puede esperarse de la fuerza armada? ¿No deberán en este caso destruirse y combatirse mutuamente las clases y aun los ejércitos? ¿no resultará como una consecuencia necesaria, la mayor de todas las calamidades, que es la guerra civil? Apestada la Francia de malos li-

bros, y deslumbrada por las falsas lecciones de sus cátedras, ¿de qué le sirvieron sus ejércitos tan famosos, no ménos por el número que por su disciplina y valor? ¿No se manifestó bien pronto en ellos la corrupcion, y en lugar de enfrenar el mal, lo sostuvieron y aumentaron? Desengañémonos: miéntras haya libertad de seducir, y se pueda seducir impunemente, ¿qué privilegio tiene la fuerza armada para no ser tambien seducida? Y seducida esta, todo está perdido. Quedarán algunos hombres de bien, religiosos, fieles y de sanos principios: sea en hora buena; mas estos, ó deberán seguir el torrente, ó en el amor á su religion, en la fidelidad á su príncipe y en el apego á la virtud, no hallarán mas que la causa de su suplicio.

Revolucion. Vocablo, si bien no nuevo, siempre terrible. No hay acaso pais, reino ó provincia que en algun tiempo no lo haya esperimentado. Quizá esta palabra se ha revestido de un nuevo carácter, y casi de un nuevo significado en la revolucion francesa. Las hasta aquí conocidas en la historia tienen muy poco de comun con la que casi todo el mundo está sufriendo á nuestros ojos, por la causa de que ninguna tuvo los mismos principios. El orígen de las revoluciones eran hasta ahora las comunes pasiones de los hombres, las casualidades y accidentes producidos por el tiempo, y el curso ordinario y variable de las cosas humanas. La revolucion presente, ó (que digamos) democrática, es efecto necesario de una filosofia impía y frenética, que minando de mucho tiempo á esta parte los verdaderos fundamentos de todas las sociedades humanas, respetados y reconocidos hasta ahora por todos los pueblos del mundo, debia coronar su infernal obra desnaturalizando á los hombres.

Atribuir á otras causas la fatal revolucion que desola tantos reinos y devasta tantas provincias, es confundir la causa con los efectos, los principios con el caso, y el curso natural de los acontecimientos con los incidentes casuales.

No es esto decir que esta filosofia subversiva y pestilencial no haya procurado alejar de sí la tacha de tantos y tan grandes horrores de que ella sola es la causa. Muchos de los filósofos seductores se han avergonzado de la obra de sus manos. Pero en vano Raynal detesta á presencia de la asamblea nacional las consecuencias de su doctrina, de que él y otros como él eran los autores y promovedores. El complot y conjuracion de los impíos filosofastros, es en el dia innegable, é innegable ha de ser por todos los siglos, miéntras exista lo que han escrito y publicado. Divididos en facciones y chocando diariamente unos con otros, todos estaban de acuerdo en el punto de establecer la irreligion y el libertinage. Cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas sobre la forma de gobierno, si en todo quisieron libertinage é irreligion, por necesidad quisieron

tambien revoluciones, desórden y anarquía.

No habia uno de estos filosafastros y economistas que no se lisongease de una cercana revolucion en Francia, donde las máximas de impiedad eran el único mérito de todo el que pretendia pasar por culto é ilustrado, y no queria ser el objeto de las sátiras y las mofas. Mas esta revolucion era mirada bajo diversos aspectos, á proporcion de la pasion que en cada cual predominaba. Voltaire y Raynal, por ejemplo, no tenian mas miras en su suspirada revolucion, que solazarse en la ruina del cristianismo. Rousseau miraba triunfante su republicanismo en la soberanía de un pueblo deista. D' Alembert, Condorcet y Diderot la consideraban como la tumba de la religion, el sepulcro de la moral, la fosa de los tronos, y el triunfo del ateismo. Pero todas estas miras particulares no quitaban la universal y comun á todos, de promover una revolucion que de su naturaleza debia conducir á todos los hombres. Uno que desease y promoviese la guerra, ya fuese instigado de la ambicion, ya del interes, ó ya de la crueldad, ó de todas estas pasiones juntas, seria igualmente reo de todas las calamidades y daños que la guerra trae consigo.

De los filósofos modernos, quién fué libertino, quién fanático, quién maligno y cruel, quién atolondrado y furioso; mas todos fueron soberbios, impíos y depravadores de la sana razon. Todos procuraron y procuraron imbuir los pueblos en la aversion á la religion, en el

amor á la independencia, en el desprecio de la moral, en el odio á los eclesiásticos y en el total abandono de la razon y buen juicio. Cuando se llega á formar un pueblo en este gusto, ya está formado para todos los crímenes. ¿Qué importa que Rousseau no predicase la efusion de sangre; que Voltaire no estimulase abiertamente á la destruccion de las monarquías; que Montesquieu no asestase sus tiros directamente contra la nobleza; que Raynal no insinuase la destruccion de toda propiedad, y que todos sus monos y arrendajos no defiendan en particular las rebeliones, las devastaciones, los ladronicios, los atentados y los incendios? Rousseau, Voltaire, Raynal y todos sus discípulos y cofrades, predican y predicaron la irreligion, el libertinage y las falsas y endiabladas máximas de libertad é independencia, que dan al hombre el derecho de ser inicuo, y que le persuaden á que ninguna pena mas que la temporal tiene que temer por ningun delito, &c. &c. ¿Y se necesita otra cosa mas para predicarlos todos, que formar un pueblo que para contenerlos no reconoce mas freno que una inconsiderada, fanática é injusta fuerza humana, que es quien le impide el derecho de ser delincuente? ¿Qué deberá seguirse de aquí? Lo que hemos visto que se ha seguido, y lo que tratan todavía muchos de que se siga. A saber, que los pueblos se rebelen contra las autoridades constituidas, y que abatan y conculquen la justa fuerza que enfrena y

contiene á los malvados y delincuentes. ¿Se necesita acaso predicar todos los delitos en particular, cuando se predica una máxima que los contiene todos? Cuando un pueblo se halla imbuido y empapado en los malos principios de insubordinacion é impiedad, ya tiene iguales estímulos y motivos para todas las iniquidades, ó igualmente será rebelde que ladron, cruel que lujurioso, soberbio que injusto.

¿Se pueden soltar los diques á un hinchado é impetuoso rio, sin hacerse reo de la inundacion y esterminio de las campiñas inmediatas? Y á un malhechor puesto en juicio por semejante fechoría ¿le serviria de defensa decir: *Es verdad que yo he soltado los diques; pero lo hice únicamente para vengarme de un enemigo: mi ánimo no fué inundar el pais, ni anegar hombres y bestias, ni perder los sembrados?* ¿Y no se reduce á esto toda la defensa que de sus malditas doctrinas hacen los filosofastros? Echando por tierra los principios de la religion y de la subordinacion natural, que dictan la razon y la conciencia, soltaron los diques al impetuosísimo torrente de todas las pasiones humanas, y todo fué inundado, arrasado y destruido. ¿Y será bueno que despues de esta fazaña tengamos siquiera paciencia para oirles decir: Nosotros no intentábamos promover las matanzas, los latrocinios ni las injusticias? ¿Y habrá hombre tan poco interesado en el bien de la humanidad, que pueda oirles con frescura: *que no era su intencion trastornar los gobiernos ni destruir*

la sana moral? ¡Ah malévolos! ¡Pluguiese al cielo que vuestras infernales é impías miras se encaminaran á algun delito particular, que el mal seria ménos, y el remedio mas fácil! Pero arruinando los fundamentos todos de la virtud, y desfigurando la razon para defender y sostener el derecho de las pasiones, *todos* os habeis hecho reos de *todos* los delitos que por necesidad debian nacer de vuestros principios detestables. Sí, el que quiere la causa, quiere los efectos. No basta ser loco como quiera para pegar fuego á un pajar, y pretender que no arda; es necesario ser loco físico, y de los rematados. Y aunque sea verdad que la locura es vuestro carácter, como lo es de todos los impíos, la vuestra no es regularmente la física, sino la moral; es decir, la impiedad y la bellaquería.

Tribunales. Tambien la democracia ha tenido sus tribunales, sus jueces, sus abogados, sus reos y sus inocentes. Pero todo plantaforma y pantomima, pues en realidad de verdad, en todos ellos presidia la crueldad, juzgaba la injusticia, abogaba la iniquidad, y se procesaba á la inocencia. Jamas entró alguno en un tribunal democrático, que no viese arrodillada la inocencia, deshaciendose en lágrimas é implorando en vano justicia, piedad y misericordia. En todos se veia al delito cuellierguido con el rótulo LIBERTAD E IGUALDAD escrito en la frente en ademan altanero, insultante y amenazador, mofándose de su enemiga, y de-

clamando contra la tirania, la injusticia y la crueldad de los soberanos, que por tanto tiempo le habian perseguido. Democracia ó no democracia, democrático ó no democrático, eran los fundamentos y antecedentes sobre que recaian los fallos. ¿Y cuándo la inocencia fué democrática, ó hubo democracia sin crímenes? Sobre las sillas judiciales se veian sentados con mucha ostentacion y gentil reposo, libreros, bodegoneros, sombrereros, garitos, tumbones y rufianes, que en su vida toda no habian leido siquiera la definicion de lo justo Es verdad que aun cuando muchos de ellos hubieran querido leerla, no hubieran podido, puesto que jamas aprendieron el A B C; pero á bien que para hacer injusticias no se necesita de mucha ciencia. El mas atroz, ignorante y brutal era el mejor juez democrático, con tal que tuviese una alma incapaz de remordimientos, y una conciencia de guijarro.

Convendria mucho que algun buen alma se dedicase á formar una coleccion de todas las decisiones de la *rota* democracia, de su fundacion solemne bajo el legislador Robespierre, de las sentencias del 10 de agosto y 2 de setiembre, juntamente con las dadas á Luis XVI, Madama Elisabet, agregándole el juicio del tribunal militar de Ferrara sobre el párroco Zannarini, y el del loco fisico, probado tal, condenado á muerte por el tribunal de Bolonia. Me parece que bastaria hacer esto con un mediano cuidado, para presentar al mundo el código

mas completo de la iniquidad y la injusticia. Los casos verdaderos y reales excederian á cuanto se puede imaginar. Se leerian en él asesinatos que horrorizan y estremecen la naturaleza; se leerian incendios, impiedades, devastaciones, hurtos, acusaciones falsas y cuanto se puede cometer de inicuo; pero todo con *bonísima intencion*, y por lo tanto juzgado impunible. Al contrario, las acciones mas virtuosas calificadas de maldades, por la sola razon de declarar los jueces que la intencion habia sido mala. Se deberia tambien formar un otro código, en que se leyeran: *buenos y honestos robos, malvadas virtudes &c.* Porque como por buena ó mala intencion se entendia siempre, siempre, intencion democrática ó no democrática, resultaba al cabo que el delito era siempre inocente bajo el manto de la democracia y que nunca alcanzase la capa de la justicia á cubrir la inocencia y la virtud. ¡Horribles tribunales donde todas las sentencias se escribian con sangre de inocentes y de hombres fieles á su Dios y á sus soberanos! ¡donde la injusticia reinaba por sistema, y donde jamas entró la conciencia mas pura sin inmutarse y azorarse!

Esperanzas. Este vocablo ha variado mucho de sentido en lengua democrática, de algun tiempo á esta parte. Antes significaba iniquidad, fraudes, robos, engaños y otras cosas peores. Ahora está reducido á significar las locuras mas tontas y ridiculas. Cuando la democracia con-

fortaba en Italia con su proteccion á impíos, ladrones, fanáticos, bribones y ambiciosos, las esperanzas de todos estos honrados personages no se estendian á nada ménos que al robo y dominacion de todo el universo, llegando hasta fijar el corto término de dos años para que el reino ladroateístico subyugase á toda la Europa. Hecho esto, decian, todo el resto del globo tendrá que venir á ponerse de finojos y á pedirnos de merced que lo robemos, tiranicemos y hagamos ateista. ¡Pero cuántas veces las mas bien fundadas y lisongeras esperanzas nos dan un bello chasco! En ménos de tres meses se han desvanecido como el humo todos estos castillos de viento, y el coloso democrático va á ser reducido á escombros y cenizas. ¡ Providencia adorable de un Dios, que así desconciertas los pechos de los míseros mortales! Los impíos, los ladrones, y los ambiciosos tiranuelos están viendo á sus padrinos, protectores y defensores precipitarse desde el trono mas alto del orgullo al mas profundo fango de la vileza; y de invencibles que los soñaban, sufrir tantas derrotas como batallas.

No obstante, como lo último que el hombre pierde en el mundo es la esperanza, los democráticos se forman ahora una de otra naturaleza. ¡ Pobreticos! Es menester disimularles algo, pues están ya en el caso de agarrarse de una ascua ardiendo, y de alentarse del mejor modo que puedan. En el palo de la mona están puestos; pues no solo se trata de

no poder robar, mandar ni destruir, sino de temblar por lo que se ha robado y adquirido por las formas y modos mas inicuos. ¡Pues aquí de la esperanza! Se espera, pues, que la multitud de ladrones formarán una barrera impenetrable contra todos los tiros de la justicia. Se espera que el dinero desembolsado por el vil é inicuo comprador, aniquilará el justo y sagrado derecho del legítimo propietario. Se espera que en el conflicto de un daño *necesario* é inevitable, deberá mas bien tocar el mochuelo al justo poseedor, despojado contra todo derecho por los ladrones, que no á aquel á quien los ladrones obligaron á tomar el robo en descuento de otro dinero. Se espera que en caso de algun perjuicio, nunca tocará sufrirlo á quien posee por injusta voluntad ó injusta fuerza, sino al poseedor por legítimo derecho, y despojado por violencia é iniquidad.

Pero no se encierran aquí las esperanzas democráticas. Ellas hacen nacer de la tierra franceses á millares y mas millares, sin acordarse siquiera de que aun no ha llegado la hora de la resurreccion de los muertos. Ellas hacen desembarcar de una sola vez 1600 franceses en el puerto de Pistoya. Todos los dias hay una nueva victoria francesa; ¡ y el embuste no es casi nada! pues todos los dias sufren una nueva derrota. Los ejércitos de *patriotas* en Génova y qué sé yo donde mas, son sin número: lo malo que hay en esto es que se van pasando muchas semanas sin que acaben de

parecer, para restituir á sus afligidos y amados compañeros la autoridad ladronesca y antireligiosa. ¡ Oh qué tiempos tan felices preveen ellos entónces ! ¡ Sacerdotes ! no, no quedará uno para un remedio: es punto concluido. Los grandes y nobles sufrirán la misma suerte. No habrá mas hacendados y propietarios que los jacobinos. *En cada plaza y en cada esquina se pondrá una guillotina.* Habrá tribunales militares, contribuciones, robos, rapiñas, deshonestidades, tiranías, impiedades hasta hartarse, y todo, todo andará á la diabla. Se desquitará el tiempo perdido, y todos los horrores pasados serán una nonada comparados con los futuros y felices soñados por los democráticos. No solo abrigan estas esperanzas en sus corazones, sino que tienen el descoco de manifestarlas en las tertulias y parages públicos.

Pues ahora, mándoles yo malaventura. Porque ¿ quién les diria que tan bellas esperanzas todas reunidas en toda su estension, no valen un cero ? Con seguridad se puede apostar á que si los republicanos las ponen en venta, no hállan quien les dé por todas una pipada. Es sin embargo una verdad, que no hay en el mundo cosa, por mas vil y despreciable que sea, que manejada con tino y como conviene, no tenga algun valor: el toque está en conocer bien el uso que se puede hacer de ella. Es necesario, pues, conchavarse con los democráticos y jacobinos, hasta descubrirles cómo es que en estas esperanzas tienen un tesoro ?

Véndanlas, hijos, véndanlas á un escritor de comedias ó á un empresario, para que las saque á las tablas, ó lo que les seria mas lucroso, hagan ellos mismos de arlequines y comediantes, que por cierto les asentará muy bien, y así podrán representar mas al natural y al vivo una comedia tejida toda de estas esperanzas. La gente que tiene gana de reir es innumerable; la materia no puede ser mas salada ni ridícula; el concurso será inmenso; porque ¿ qué hombre que tenga sangre en el ojo no se picará de una curiosidad mugeril, al ver el rotulon de

TEATRO NACIONAL.

GRAN COMEDIA INTITULADA:

LAS ESPERANZAS EN VANO
DEL
COMPLOT REPUBLICANO.

COMPUESTA Y REPRESENTADA POR LOS ACTORES Y ACTRICES MAS CELEBRES DE LA MISMA COMPAÑIA ?

Créanme, chicos, y agradézcanme el descubrimiento de que sus esperanzas les valgan un tesoro.

GUARDIA CIVICA, Ó LO QUE ES LO MISMO, MILICIA NACIONAL. Este es uno de los mas felices vocablos que inventó la democracia para ganarse prosélitos. Jamas ninguna ciudad, reino ó provincia fué devastada con mas ter-